

ELIODORO DOMINGUEZ

# La Revolución en marcha

El Verdadero Tema de Nuestro Tiempo

Discurso pronunciado en el Senado de la República  
el 16 de Junio de 1942

Santiago de Chile  
IMP. EL IMPARCIAL  
San Diego 75  
1942

ELIODORO DOMINGUEZ

# La Revolución en marcha

El Verdadero Tema de Nuestro Tiempo

Discurso pronunciado en el Senado de la República  
el 16 de Junio de 1942

Santiago de Chile  
IMP. EL IMPARCIAL  
San Diego 75  
1942

## Posibles repercusiones políticas, sociales y económicas del actual conflicto bélico.—La responsabilidad de gobernar en esta hora

---

El señor **Domínguez** —Señor Presidente:

En mi último discurso ante el Senado, al contestar las apasionadas críticas de uno de mis Honorables colegas al Gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, al primer Gobierno eminentemente popular que ha tenido Chile, expresé que por decisión de mi voluntad había procurado mantenerme siempre fuera de lo pequeño y de lo superficial para dar a mi actuación política el tono que exige, de los que creen en la democracia, la alta tribuna del Senado.

Voy a mantener hoy de nuevo esa actitud. Y la mantendré siempre, porque cualesquiera que sean las condiciones de que disponga, exigiéndome más a mí mismo alcanzaré en todo caso una mayor elevación para mis intervenciones que dejándome arrastrar por los tradicionales y comunes hábitos de nuestra política.

Porque yo he podido advertir, señor Presidente, dentro la política chilena, la ausencia de un alto sentido, de una clara y limpia inspiración ciudadana, de un destino humano alzado por voces fervorosas y valientes. Algo opaco, algo sin vida y sin calor se percibe siempre, a manera de sordina, en la acción de la mayoría de nuestros políticos. ¿Es que estos hombres no advierten, no vislumbran el cansancio de la ciudadanía, la atmósfera de descontento y desdén que empieza, como en 1924, a aplastar con su carga de escepticismo, con

su fría consistencia de desprecio, a los partidos y a sus hombres?

No ignoro que hay quiénes hacen su diaria tarea de diligentes roedores porque sustentan ideas contrarias a la libertad y a la democracia y propician el advenimiento de un régimen de opresión y de barbarie. Pero no es menos cierto que son muchos los defensores de la democracia que movidos por pequeños intereses partidistas clavan cada día el puñal de la traición en el corazón mismo del régimen democrático.

Unos por maldad, por persistencia en sus malos hábitos parlamentarios; otros, movidos por una buena intención que cobra forma de ingenuidad, porque su crítica ligera es hábilmente explotada por los que acechan en la sombra, como los malhechores, la derrota de la democracia, labrada por los mismos que tienen el deber de defenderla.

Hay a veces ausencia del sentido de las proporciones en los actos y en las palabras. Y viejas prácticas de ataque, a las que no se tiene el valor de renunciar, malogran a menudo la visión grande y la acción creadora de nuestra política. Lo transitorio, lo fugaz, lo particular, lo accidental, lo mediano —que afirmo también debe ser atendido— ocupan sí, una cuota demasiado grande de nuestro entusiasmo, absorben un bagaje demasiado crecido de nuestros esfuerzos. Y lo grande, lo decisivo, lo valdero, la conquista de una meta, la preocupan.

pación por un destino, no logran inquietar sino el espíritu de unos pocos.

Yo no pretendo, señor Presidente, haber descubierto la fórmula salvadora, ni la divisa, que como un sol iluminado, alumbró nuestro camino. No es ésa la urgencia que mueve mi actitud. Es más sencilla y a la vez más alta la preocupación que a modo de una marea que sube, mueve mi conciencia y la exalta. No pretendo tampoco traer la palabra de orden, ni la voz profética que ponga en marcha las potentes fuerzas dormidas de nuestros mejores hombres y de nuestro sufrido y heroico pueblo. No, señor Presidente. Educado en la escuela de la Nueva Política, no creo sino en una labor de colaboración entre muchos hombres, no pienso sino en la acción colectiva de muchas voluntades. Lo que pretendo no es otra cosa que el cumplimiento de mi deber, en función de la responsabilidad que asumo frente al pueblo de Chile, al aceptar el mandato de ocupar un asiento en la más alta Corporación Política de mi país. Lo que pretendo no es, pues, otra cosa que invitar a mis colegas a una nueva actitud.

Estoy adherido a una doctrina y procuro llevarla con dignidad y con limpieza porque vivo en una hora de decisión y de combate y porque la neutralidad y la indecisión es cosa de insuficientes orgánicos o de impotentes mentales; pero no olvido, no puedo, no quiero olvidar, que soy un hombre y que esta calidad me impone también un deber, un deber y una responsabilidad mayores. Sé que todos nos movemos hoy dentro de una humanidad que padece, que sufre y muere, de una humanidad que sangra entre dos mundos; un mundo del pasado, que fué grande y obscuro a la vez y un mundo del porvenir que empezó a nacer hace tiempo y que ahora se pone de pie. Entre un mundo que maravilló la tierra con conquistas científicas y con prodigios técnicos y no pudo eliminar el veneno que debilitaba sus células, que gangrenaba sus órganos: la explotación del hombre por el hombre, y otro mundo que pugna por expresar sus nuevas formas de vida y de convivencia social, un mundo con menos odio y con más fraternidad. un mun-

do que se expresa en un nuevo lenguaje, un mundo que no dirá solamente que los hombres son iguales ante Dios o que los hombres son iguales ante la Ley, sino que dirá también que los hombres son iguales ante los hombres.

Creo, pues, señor Presidente, que los políticos tenemos que tratar de hacernos dignos de este trágico y grande período histórico que nos toca vivir, creo que tenemos la obligación de hacernos merecedores de la gracia de vivir un destino.

Para sortear la marejada que ha de venir, para enfrentar ese destino que nosotros no podemos detener, para que Chile ocupe el relativo sitio de honor que le corresponde, es necesaria una nueva actitud mental, una distinta disposición de alma en los hombres que creemos en la democracia y que entrevemos, presentimos y sabemos cuál ha de ser su nuevo ropaje, su nueva forma de expresión.

Por eso creemos que la política no puede seguir siendo sólo el arte de gobernar y administrar los pueblos. Debe ser y seguir siendo eso; pero debe asumir además la misión de orientar a los pueblos, de sembrar ideales de vida en los pueblos, de crear en ellos la conciencia de un destino que cumplir, de una meta que alcanzar.

La psicología sabe, señor Presidente, a través de Freud, de Jung, de Haeberlin y de Adler, que cada alma humana persigue sub-conscientemente un objetivo, camina tras la consecución de una meta. ¿No ocurrirá algo semejante con el alma colectiva de la humanidad? No será que ella trabaja también por llevar hasta la superficie para que en ella se exprese y alcance su pura forma, lo que se agita y mueve en las capas profundas y aparentemente invisibles de su fondo? ¿No podrá ser ésta, por ejemplo, la tarea grande y magnífica de la política: hacer claro y consciente ante los pueblos y ante las masas el proceso de transformación—que se mueve y agita dentro de la complicada estructura de la vida social? ¿No será su labor más noble y más diáfana—sin perjuicio de la función práctica de legislar y de gobernar, la de traducir en claro y comprensible lenguaje polí-

tico, lo que acontece en el confuso mecanismo económico y social de cada época?

¿A quiénes sino a aquellos que pretenden gobernar a los pueblos y se atribuyen esa superior condición, les corresponde esa responsabilidad de decir a, sus pueblos, en ciertos instantes, la palabra decisiva y de señalar a sus conciudadanos el sentido de su tiempo, el acento de su época?

Gobernar y dirigir a un pueblo no me parece un privilegio, ni un honor, ni una granjería, sino un sacrificio, un sacrificio heroico. Goethe, que siendo el más grande poeta de su tiempo supo ser también un Ministro responsable, escribió una vez:

“Solo puede permitirse muchos deseos quien vive ponderadamente y para ejercer (su voluntad; pero quien pretende gobernar a sus semejantes debe ser capaz de soportar muchas privaciones”.

Yo agregaría solamente: “y de hacerse digno de esa responsabilidad”.

Yo sé, señor Presidente, que el Senado chileno cumple bien con su deber de legislar, es decir, realiza bien la tarea inmediata, la función práctica. Y sé también, y lo he reconocido en mi último discurso, que hay hombres de ágil sensibilidad y de conciencia vigilante que son capaces de elevar sus voces por encima de lo cotidiano y de lo minúsculo. Pero frente a lo que se acerca, frente a lo trágico y siniestro que ahora adquiere rumor de angustia y sentido de dolor universal, la política chilena me parece fría y calculadora y no sabe, o no puede, o no quiere, hablar el lenguaje heroico de los que conocen y aceptan un compromiso y ponen su vida en la balanza del destino y “llenan con su sangre” como dijo una vez Andreiw—la copa de oro de todos los sacrificios”.

Yo hubiera querido, lo confieso, que esta preocupación por desentrañar la dirección de nuestros pasos, el color de nuestra decisión, hubiera sido tarea de todos y no sólo de algunos de entre nosotros. Y mucho menos del Senador que habla, que conoce bien hasta dónde lo acompañan sus posibilidades; pero daré por bien empleada mi intención si ella promueve una preocu-

pación sentida y honda por esto que llamo sin querer copiar a Ortega y Gasset “La Revolución en marcha: el verdadero tema de nuestro tiempo”.

Hablo de la Revolución en marcha, como de un fenómeno latente, cuya existencia todos los espíritus vigilantes de nuestro tiempo han aceptado como un hecho indiscutible.

No es, pues, necesario otra cosa, a mi juicio, que explicar sus causas y predecir sus consecuencias, para deducir de ello una actitud en el presente y un estado de conciencia y de preparación para el porvenir inevitable.

La Revolución Francesa, al establecer como uno de sus fundamentos filosóficos, la libertad, en todas sus manifestaciones, engendró en el plano político el actual régimen democrático de Gobierno. La libertad permitió a la sombra de este régimen un vasto y rico florecimiento de la inteligencia y abrió un horizonte ilimitado al espíritu de invención y al anhelo de creación y de conquista. El desarrollo prodigioso de la ciencia y de la técnica produjo, como todos lo saben, una verdadera y honda transformación en los métodos de trabajo, permitiendo el desarrollo de la industria en una forma sorprendente y a la vez trágica, porque cada nuevo invento, cada nueva máquina, junto con traer un progreso productivo y significar una disminución de dolor y de sacrificio para los trabajadores, trajo también la eliminación de sus brazos, la cesantía con su inevitable carga de hambre y de sufrimiento. Esta es la Revolución industrial que todos conocemos y que es la primera vigorosa expresión del actual régimen de producción llamado capitalista; revolución que es a la vez el germen y la raíz de todas las revoluciones sociales y políticas ya ocurridas y por ocurrir en nuestro tiempo. Son las revoluciones que engendra, conduce y propaga, con la prodigalidad de un sino, el régimen capitalista, basado en la libre producción, en la libre concurrencia, en el libre comercio. El espíritu de lucro individual de cada capitalista, accionista o empresario, mueve con la misma pasión que en un jugador o con la misma decisión que en un monomaniaco el resorte psíquico de la competencia sin freno y sin control

Producir, producir cada vez más, al más bajo precio, es la consigna fatal en el primer período de desarrollo industrial. Eliminar al competidor en el mercado, mediante una ágil y certera propaganda y una desleal competencia, es la única preocupación del empresario en este período en que se ha roto ya y para siempre el equilibrio entre la producción y el consumo que caracterizó el régimen de producción del artesanado.

Ahora hay que producir no sólo para el consumo sino para la eliminación del competidor, para la conquista del mercado, para vender cada vez más y para obtener y reservar para sí una ganancia, una plusvalía, cada vez mayor, que permita aumentar el capital, comprar nuevas máquinas, levantar nuevas fábricas, producir más, vender más, ganar más, acumular capitales y reservas y así hasta el infinito. El mercado local es insuficiente y se va a la conquista del mercado nacional. Este se hace estrecho y hay que ir al dominio del mercado internacional, transpasar las fronteras, invadir el mundo, para ganar cada vez más, para acumular hasta el hartazgo, hasta la fiebre, hasta el delirio. Para este desarrollo progresivo, en vasta escala, se requieren grandes almacenamientos de materias primas, poderosas concentraciones de capitales: aparecen los grandes consorcios capitalistas, las sociedades por acciones, las empresas monopolistas. Y todo ese inmenso armazón del capitalismo que todos conocemos y que no es necesario explicar aquí. A la absorción de materias primas, a la invasión de mercados, sucede la exportación de hombres y capitales. Alguien se opone, algún país pretende protegerse con barreras aduaneras o niega concesiones territoriales o impide, por medio de leyes, la toma de las fuentes de materias primas o de productos nobles, como el salitre, el cobre, el petróleo. ¡Ah, entonces el capitalismo que ha devenido en imperialismo de penetración sin dolor, de penetración pacífica, pondrá en juego las dos armas que le protegen como ángeles guardianes: el armamentismo y el control de los bancos, es decir del crédito y del dinero!

El imperialismo aparentemente pacífico se hace imperialismo violento, imperialismo con ocupación militar, con penetración a sangre y fuego. Y los hombres supe-

riores que en nombre de sus patrias saben triunfar en el porvenir, aceptando con el sacrificio de sus vidas, la derrota en el presente, caen como víctimas propiciatorias del imperialismo o de sus Agentes: Balmaceda, Sandino, Bush. Y los países débiles son zonas de influencia, especies vitales, es decir, colonias del imperialismo. Trágico y merecido destino. Los hombres y los pueblos que no saben morir de pie, merecen la afrenta de tener que vivir de rodillas.

Pero dentro de esos pueblos sojuzgados, sometidos y humillados, hay unos hombres que son los únicos que no tienen, ni pueden tener autoridad moral en esta hora. Son los que comerciaron, entregaron o concedieron las reservas vitales de un pueblo: sus materias primas, sus caídas de agua, sus instituciones bancarias. Ni los que las entregaron, ni los que tienen la indignidad de representar políticamente a esos hombres. Yo no los nombro, pero los hombres de mi generación saben quienes son en cada uno de nuestros países.

Por eso a la luz de la justicia, de la dignidad y del verdadero patriotismo, suenan a sarcasmo las críticas de estos hombres a los hombres de su patria que pertenecen a nuevos partidos y que cometen pequeños errores, cuando estos generosos hombres de la izquierda a quienes ellos se dirigen en ademán de jueces, olvidan con una grandeza de alma que deslinda con lo sublime que sus impugnadores y sus falsos acusadores no han pagado todavía con la moneda del repudio colectivo el error de haber comprometido para siempre el patrimonio que heredaron y de haber trabajado con su imprevisión, con su cobardía y con su egoísmo, los días de humillación, de impotencia y de opresión que su pasada irresponsabilidad puedan depararnos a todos.

Pero no es hora de recriminación, sino de responsabilidad. No es hora de reproches, sino de anunciación. Porque es el tiempo de una revolución en marcha que puede traer el color de una esperanza y el contenido de una conquista. Es tiempo de sanción, pero más que eso es tiempo de salvación. Esa salvación de los hombres y de los pueblos está en marcha, con la revolución que viene, con la revolución que trabaja el capitalismo y con esta guerra que es su máxi-

ma expresión diabólica, que es el último galope de los jinetes del apocalipsis.

¿De dónde surge, señor Presidente, la certeza de que una gran revolución es ya inevitable?

De la constatación y confirmación de un hecho que se repite dentro del capitalismo: sus crisis periódicas.

¿Quién no recuerda la de 1905, que tiene su expresión máxima en la revolución rusa del mismo año y en las grandes conmociones obreras de Europa y de América? ¿Quién no recuerda la de 1917, agravada por las consecuencias de la guerra del 14, y que trajo el derrumbe de innumerables regímenes monárquicos de Europa; la caída del Gobierno de los Zares en Rusia, de la casta de los Hohenzollern en Alemania, del latifundismo en Méjico? ¿Quién no recuerda esa crisis que promovió grandes agitaciones obreras en Chile que culminaron en el grandioso movimiento político del año 20 y del que fué abanderado don Arturo Alessandri? ¿Quién no recuerda la crisis del año 30 que se traduce en grandes sucesos sociales y políticos en Europa y que en esta zona del mundo, entre los años 30 y 31, derriba todos los dictadores de América, incluyendo al hombre que ha contado con el mayor apoyo de fuerzas y con el mayor contingente de dinero para gobernar a un pueblo: el dictador Ibáñez?

De igual modo que en el pasado, el capitalismo continúa trabajando hoy su próxima crisis y acelerando con el advenimiento de ella su segura muerte, porque lleva en su seno su propio germen de destrucción: el espíritu de competencia que desemboca en la guerra y ésta, como corolario inevitable, en la revolución social. Yo no afirmo que éste habrá de ser siempre el curso fatal de los procesos históricos; pero afirmo que es incuestionablemente el sino trágico de la sociedad capitalista.

Los pensadores que no han querido reconocerlo a tiempo han alcanzado, felizmente para el pensamiento humano, a sufrir en su propia vida, las consecuencias de su falta de claridad para entrever estos hechos. La libertad de pensamiento, que fué la esencia y la substancia del régimen democrático, es hoy de nuevo, como en otro tiempo, un anhelo y una aspiración de los hombres que

vivieron en Europa, en Europa que es la zona viva, el escenario máximo del desarrollo capitalista. La vida del hombre dejó de ser vida humana, porque el hombre no podía pensar libremente, aunque la esencia del ser es el pensar. Este pensar, cualidad del hombre, adquiere vida propia nada más que en un ambiente de espontaneidad y de libertad. Ortega y Gasset escribió, con razón, que "la vida humana es eminentemente vida psicológica". El hombre libre luchará, pues, contra el régimen capitalista, porque en él ya no es natural el ambiente de libertad que haga posible una alta y noble vida de pensamiento, porque cada vez se estrecha más el límite de la tierra que puede ser un refugio para el pensamiento libre y los hombres que forjaron su grandeza espiritual en la libertad que el capitalismo ha venido matando y destruyendo lenta y progresivamente, no suelen encontrar otra solución para sus vidas obstaculizadas, para su espíritu inhibido, que la renunciación y la muerte a la manera de Stefan Zweig y su noble colaboradora.

Porque ¿cómo puede cumplir el hombre la razón de ser de su destino de hombre, que es pensar, en un régimen basado en la competencia y en la eliminación del hombre por el hombre?

¿Qué puede hacer un hombre, un hombre capaz, pero poseído del miedo de ser eliminado, postergado, perseguido y torturado, en una sociedad que vive sobre la base de la competencia y de la explotación? En medio de este mundo caótico y carente de un alto sentido; en medio de esta despiadada carnicería humana que niega la condición superior del hombre y lo convierte en una bestia; en este mundo de horror que niega al hombre, porque lo humilla obligándolo a destruir con sus propias manos lo que ha sido el fruto de su fecunda inteligencia y de su rica sensibilidad, empujándolo a negar todo lo que ha construido en infinitas noches de desvelo, en incontables horas de duro esfuerzo; en este mundo, digo, todavía hay quiénes, señor Presidente, por un feliz azar del destino, están colocados en un alto sitio y pueden emplear su influencia y su palabra decisiva para defender la libertad que no pudieron conseguir se expresara en su más pura esencia dentro

de sus propios países, porque, en ellos, los fariseos del capitalismo mandaban y dirigían el destino de los hombres.

Por eso podemos hoy oír a Roosevelt, hijo de una patria capitalista, nacido en la tierra de uno de los imperialismos en lucha, clamando al destino con estas palabras sagradas:

“La libertad es tan necesaria a la humanidad como lo es el aire, el sol, el pan, la sal al hombre. Si se le priva al hombre de estas cosas, perece, si le priváis de parte de ellas, se debilitará. Dadle, en cambio, abundancia de todas estas cosas y cruzará triunfante los umbrales de una nueva era, de la mayor era del hombre.

“Esta libertad es un derecho innato al hombre de todos los credos y de todas las razas, dondequiera que viva.

“Esta es su herencia, de la cual ha estado privado por largo tiempo”.

Después, agrega: “Nuestro mundo no es sino una pequeña estrella en el gran universo. Sin embargo, podemos hacer de ella, si así optamos, un planeta que no se vea azotado por la guerra, libre del azote del hambre y del temor, no dividido por necios distinguos de razas o color, ni por teorías”.

Finalmente, expresa: “El espíritu del hombre ha despertado y el alma del hombre ha crecido. Dadnos la sabiduría y la visión para comprender la grandeza del espíritu del hombre que sufre y que lucha por una meta más allá del estrecho espacio que él ocupa”...

“Y, por sobre todas las cosas, permite que se cree una hermandad, no sólo para estos días, sino para todos nuestros años— una hermandad no de palabras sino de hechos”.

Así habla, señor Presidente, un hombre del imperialismo, de la gran patria capitalista, que ayer no más, bajo otras presidencias, abolía la libertad en Santo Domingo,

Panamá, Cuba y Puerto Rico, y perseguía a Sandino en Nicaragua.

Así habla el único gobernante de los Estados Unidos que ha sabido ser “buen vecino”, aunque su deferencia—, que comprendo aconsejada por las difíciles circunstancias que lo rodean—, con algunas tiranías sudamericanas, hace pensar con razón a Raúl Haya de la Torre “que los intereses imperialistas de Wall Street pueden más que los principios”. Pero hay también hechos, señor Presidente, hechos que no callo: el respeto reciente al Gobierno y al pueblo de Méjico, ante la nacionalización del petróleo; la no intervención en el destino de muchos Gobiernos legítimamente democráticos de América, aun cuando ellos hayan mantenido una actitud de activa independencia frente a las solicitudes del Gobierno norteamericano, cosa que no sería posible encontrar en país alguno de los que viven bajo el espacio vital del señor Hitler o dentro de la zona de influencia del imperialismo nipón. La diferencia entre ambos imperialismos en lucha comienza para nosotros con la presencia, en el frente aliado, de quienes luchan por la libertad y creen en el advenimiento de una democracia mejor, y con la presencia en el frente democrático de la Unión de las Repúblicas Soviéticas, de la Rusia Socialista y de Méjico, también socialista. Ambos países son, hoy por hoy, los más vastos campos de experimentación de un nuevo orden social en el mundo.

Sobre las bases en que descansa esta intervención, señor Presidente, he de continuar ocupándome de la tragedia que vive hoy el mundo, de la revolución en marcha, para expresar el pensamiento de mi partido y la actitud que, a juicio de él, corresponde asumir a Chile en esta batalla decisiva entre las democracias y el fascismo, entre el imperialismo del presente y el inevitable socialismo del porvenir.